

—Si el Virrey hace á vd. Teniente coronel, le contestó Don José Joaquín, yo le respondo de que Iturbide para no ser menos, le hará Coronel.

—¡Magnífico! exclamó Santa Anna, restregándose las manos, ¿y qué mando podré obtener desde luego?

—El mando de toda la Provincia de Veracruz con plenas facultades de que yo le dejaré investido, pues que soy llamado urgentemente por Bravo para irme sobre Puebla.

Santa Anna apenas podía creer que le sonriera tan locamente la fortuna y mandando sacar sus tropas del convento y formándolas en la calle, se plantó delante de ellas y gritó:

—¡Viva el Plan de Iguala!

—¡Viva! contestó la mayor parte de la tropa que tenía simpatías por la nueva causa.

Y se puso en marcha el nuevo Comandante insurgente sin despedirse de sus amigos los frailes.

CAPITULO III.

— LAS ALAS DE ICARO.

Santa Anna se tenía y era tenido en Veracruz por uno de los realistas mas ardientes, así porque con ellos se habia formado, como por sus aspiraciones y costumbres, de modo que cuando se vió al lado de los insurgentes disculpó interiormente su deslealtad para con el gobernador con este argumento de su uso particular, según hemos dicho antes: "Inés me desaira, los demás me humillan, luego debo hacer carrera por otro lado," sin tener en cuenta que ninguno á su edad y en sus condiciones de mexicano habia hecho mayores progresos. Lo que menos se confesaba, era la versatili-
 dad de su carácter que comenzaba á tener oportunidad de manifestarse. En lo que sí estaba conforme era en que se sentía con grandes ambiciones y en que para satisfacerlas debía ir por el camino por donde se

llegara mas pronto al logro de sus deseos. Por eso, con escándalo de todas las gentes de aquella época, aceptó el nombramiento de teniente coronel que le mandó el Conde del Venadito, despues que se habia pasado á las filas contrarias, y por eso tambien se empeñó en que se le cumplieran las promesas que le habían hecho los revolucionarios, hasta que Iturbide le mandó á su vez el despacho de Coronel, condecoración que no se tuvo con otros oficiales de mayores méritos que habían luchado por la Independencia con toda fidelidad desde el principio de la revolución.

Viéndose Santa Anna encumbrado tan repentinamente, comenzó á dar vuelos á su actividad y á su buena inteligencia militar, ensanchando sus operaciones; pero teniendo cuidado de hacer saber al gobernador Dávila por medio de un comisionado de confianza, que habia aceptado aquella situación por no perder los elementos que tenia á su cargo en Orizaba; y que estaba seguro de que en adelante le daría mas de una prueba de que permanecía fiel y adicto á su persona. Y, lo primero que hizo luego que se vió al frente de mil quinientos hombres, fué poner cerco á Veracruz con el deseo vehementísimo de que alguno de los azares de la guerra pusiera á merced suya la plaza con sus autoridades y con la hija del gobernador. Aquel deseo, que no llegó á realizarse, hubiera sido el colmo de la fortuna de Santa Anna. Pero Dávila era perro viejo y supo siempre tenerlo á raya, siendo como es sabido el último que depuso su actitud hostil varios años despues de declarada y consumada la Independencia.

Pero no adelantemos los sucesos y sigamos á nuestro héroe en su elevación y en sus campañas.

Después que hizo la conquista de Alvarado, regresó violentamente á Córdoba á donde fué llamado por Herrera que estaba sitiado por el realista Hevia. Este general murió, y los sitiados que recibieron varios refuerzos se convirtieron en sitiadores, pidiendo capitulación el jefe que sucedió á Hevia en el mando, para alzar el vuelo mientras estaban en suspenso las hostilidades. Santa Anna fué el encargado de perseguir á los fugitivos y por cuatro leguas fué batiéndolos aunque sin derrotarlos, no obstante llevar 300 infantes y 800 caballos. Esta fué una gran contrariedad para él porque deseaba ser en todas horas protegido y bien protegido por el dios de las batallas.

Libre todo aquello de realistas, se le encomendó á Santa Anna la ocupación de Jalapa que verificó haciendo capitular al Coronel Orbegoso, quien le dejó cuantiosos elementos de guerra á cambio de las banderas y una escolta con que pudo retirarse á Puebla.

Esto era lo que necesitaba Santa Anna, cualquiera ventaja que le presentara la oportunidad de poderse levantar él mismo hasta las nubes. Después del suceso hizo redactar un parte en que aparecían en relieve sus medidas, como si hubieran sido dictadas por el Gran Capitán del siglo. Había visto que era buena táctica la de la bambolla y juró hacérsela de modo que se pararan mientes en él como militar entendido y diligente. Su rumboso parte le valió, como dijimos, el nombramiento de Coronel y el mas importante aún

de jefe de la undécima división del ejército de las tres garantías. Desde aquel momento ya nadie estaba sobre él mas que el primer jefe Don Agustín de Iturbide... ¡Que rápida subida la de Santa Anna! ¡Como se regocijaba en su interior calculando la impresión que harían en la desdénosa Inés estas colosales noticias!

Todavía hizo el nuevo caudillo de Oriente algunas pequeñas campañas que lo pusieron en posesión de los puntos en que los realistas conservaban algunos destacamentos, principalmente para proveerse de dinero y algunos cañones, pues que su sueño dorado era poderse presentar á las puertas de Veracruz al frente de un lucido ejército. Por entonces no pensó en adquirir recursos para formarse un capital propio sino para vestir bien á su tropa y presentarla bien organizada á los ojos del gobernador Dávila y de las personas de su familia.

Cuando ya no quedaba en toda la Provincia mas plaza que la de Veracruz en poder de los realistas, Santa Anna empezó á prepararse para ir á ponerle sitio contando con la ayuda que le prestarían los simpatizadores que en la población y en la tropa misma habia por la independencia. Estaba ya listo para moverse á la vez que una circunstancia inesperada vino á ponerlo á punto de ver derrumbarse todas sus ilusiones. Esta circunstancia fué la aparición del general Victoria en su campamento, que era el antiguo insurgente de la provincia de Veracruz mas caracterizado y que por su noble conducta disfrutaba en toda ella de simpatías enormes. La división sintió un

estremecimiento de alegría al presentarse el antiguo caudillo. ¿Que le quedaba que hacer á Santa Anna nuevo en las filas independientes, ante aquella gran figura de la revolución? Era cierto que él era el jefe reconocido por Herrera y el nombrado por Iturbide; pero ¿quién dejaría de reprobarle que no se pusiera incondicionalmente á las órdenes de Victoria?

El jefe novel que tenía una gran viveza, se propuso sacar el mejor partido de aquel incidente, y sin decir nada á Victoria lo mandó dar á reconocer como general en jefe de la División en la orden del día, poniendo á su disposición á todos sus ayudantes. Ya sabia que el noble insurgente rehusaría aquel honor como lo rehusó con toda firmeza, dando por disculpa que tenía interes en ir á apersonarse con Iturbide para tratar con él algunos puntos interesantes con respecto al plan de Iguala. Entonces Santa Anna le rogó que lo acompañara hasta frente á Veracruz, sin desmentir el caracter que le había dado, y que publicara una proclama anunciando su aparición y que se proponía seguir luchando bajo aquellas banderas, accediendo Victoria con aquellos deseos que consideró muy legítimos, puesto que redundaban en favor de la causa.

Santa Anna lanzó tambien una proclama y el 29 de Junio se presentó con sus tropas, (ya sin Victoria que se habia ido siempre para el interior,) frente á los muros de Veracruz, comenzándose el asedio ese mismo día con algunas escaramuzas de los piquetes realistas que salieron á poner obstáculos así como á practicar algunos reconocimientos.

El nuevo jefe de División era joven, era atrevido,

era ambicioso, su audacia no le detenía ante ninguna empresa, por dificultosa que fuera, y sin embargo, al encontrarse desempeñando aquel encumbrado papel, al ver los edificios de Veraeruz, en cuya ciudad había pasado sus primeros años, no pudo menos que sentir las más vivas emociones y comprender el gran peso de la responsabilidad ante sus subordinados, ante el Ejército de las Tres Garantías y ante la Nación. Bien podía decir que apenas el día anterior era un capitán graduado y que de la noche á la mañana se encontraba mandando un cuerpo de Ejército, sin más escuela militar que algunas escaramuzas sin importancia. Por favor de Dávila había mandado algunos soldados más que los que formaban su compañía y su primera campaña había resultado desastrosa. Después, en Orizaba había cometido varias torpezas, él lo reconocía, y lo que era peor, estaba convencido de que cualquier otro jefe realista hubiera hecho mucho más con los elementos con que contaba. El triunfo que obtuvo en Jalapa lo alcanzó sin combatir y debido á una pura casualidad. Orbegoso era un coronel realista, pero no se sentía obedecido, lejos de eso, sus soldados empezaron á pasarse al enemigo, y algunos lanzaban desde los puntos que ocupaban gritos á la independencia, de modo que consideró inútil defenderse él solo y aislado, firmando una honrosa capitulación. Esta *chiripa* de la guerra fué el pedestal para la elevación de Santa Anna. Este jefe, viéndose ahora frente á una plaza fuerte como la de Veracruz, sostenida por una marina de guerra y por el castillo de

San Juan de Ulúa, con una guarnición en su mayor parte española y mandada por un jefe como Dávila, que era tenaz, indomable y realista de los más furiosos, todo lo cual conocía muy bien, no podía menos que sentirse pequeño ante tan gigantesca empresa, teniendo sus momentos, pero nada más momentos de vacilación, porque él tenía alguna fé en sí mismo, pero más la tenía en la casualidad, en brazos de la que se echaba con toda confianza, porque nada perdía, puesto que poco antes no era nada, y en el albur jugaba su engrandecimiento contra una derrota que él sabría vestir con los mejores ropajes para que se perdiera entre aquel remolino de acontecimientos.

Así, pues, procuró hacer á un lado los escrúpulos, y dirigió al Gobernador la correspondiente intimación para que se rindiera, haciéndole toda clase de amenazas, mientras él buscaba la manera de colocar sus tropas para dar desarrollo á las operaciones militares. Ni por un momento llegó á hacerse la ilusión de que el orgulloso Gobernador rindiera las armas á uno que había sido su subalterno entre los más insignificantes, sino que antes al contrario, se afirmó en la idea de que había que pelear, y muy duro, luego que vió que se mandaban derribar por parte de la plaza algunas casucas que pudieran servir de estorbo á los fuegos de la artillería, lo cual dió ocasión á otros encuentros de poca importancia.

Santa Anna pareció tomar sus medidas muy seriamente, procurando que se notara el buen desempeño en su papel de jefe, y en esa virtud, mandó ocupar el

punto llamado "Mundo Nuevo," sin duda porque era para el un nuevo mundo aquello de encontrarse sitiando una plaza artillada, cosa que no había visto en su vida.

Ya se comprende la impresión que le causaría recibir al día siguiente la respuesta del Gobernador que de letra de su hija Ines, contenía estas solas palabras: "¡Ingrato! ¡Traidor!—Dávila."

No había, pues, que pensar en negociaciones, y comenzó el día 2 de Julio las hostilidades, haciendo disparar un obús desde el médano del Perro.

En aquellos momentos no tenía confianza en nadie, sino en sí mismo, de manera que exclamó en su interior:

—¿Por qué diablos no contestan mis fuegos? ¿Llegará á tanto el desprecio del señor Dávila hacia mí que no haga caso ni de las granadas que le dirijo?

Pero el día 4 se le dió gusto, contestando el baluarte de Santa Bárbara, que hizo en los suyos bastantes destrozos.

Entonces cambió de táctica, puso al abrigo á sus gentes y mandó construir cincuenta escalas para atacar el baluarte de la Merced por consejo que le dieron un sargento y cuatro soldados que se le pasaron. Estos le aseguraron á la vez que si no cambiaban de allí el destacamento, el punto sería ocupado casi sin resistencia. Todo resultó á medida de sus deseos, y de los avisos que había recibido: el baluarte de la Merced fué ocupado sin dificultad en la madrugada del día 7.

Un general experto se hubiera aprovechado de esta ventaja, adquirida tan á poca costa, puesto que ya tenía en las manos la clave de la plaza; pero nuestro coronel era aún bisoño: él mismo se puso al frente de una columna para ir á atacar la Escuela Práctica y todavía, dejando á su Ejército ocupado en batirse por varios lados, fué él personalmente á cuidar la puerta del muelle por donde estaban huyendo los europeos para embarcarse, quienes tuvieron que volverse á continuar en la refriega. Nunca salió mas cierto el refran que dice: *al enemigo que huye, puente de plata*, pues que entonces ya nadie pensó en huir, sino en defenderse, organizándose los que ya estaban derrotados para tomar la iniciativa.

Mientras tanto cayó una fuerte lluvia que mojó el parque de los independientes, los soldados y oficiales que estaban en la Merced, no teniendo otra cosa que hacer, mandaron abrir las tabernas y se emborracharon; los de la caballería que se habían quedado fuera de la plaza, quisieron entrar á ella por los puntos que estaban aun ocupados por los realistas y fueron rechazados con pérdidas; los que atacaban el Cuartel del Fijo, defendido por el coronel José Rincon, fueron derrotados, y en medio de aquel desconcierto en que por falta de cabeza cada cual obraba á su placer, Santa Anna recibió el aviso de que ya solo él se encontraba dentro del recinto fortificado cuidando el muelle, y entonces fueron sus apuros para hacer una salida con solo ochenta hombres. Cinco minutos de

vacilacion y queda allí prisionero, y allí acaban sus glorias del momento, lo mismo que las futuras; pero conocia la localidad al dedillo y sin pretender disputar el paso á muchos enemigos que tambien andaban desorientados y que aun no podian volver en sí del susto, logró salirse, dejando en poder de los realistas cincuenta muertos y heridos, ochenta prisioneros, su artillería, buen número de fusiles y bastantes pertrechos de guerra.

Santa Anna que se creía dueño de Veracruz, como llegó á serlo en efecto, salió de allí estirándose los cabellos, lleno de rabia; pero en cambio, y como poseia en alto grado la ciencia de compaginar partes en que todos los hechos quedaban desfigurados, rindió uno á Iturbide en que solo le faltó decirle que se habia sacado preso al Gobernador.

CAPITULO IV.

FARSANTERÍAS.

Se puede formar idea de la gran mohina que produjo al moderno Coronel Santa Anna su fracaso veracruzano, leyendo el siguiente párrafo de la proclama que publicó cuando estuvo de vuelta en Orizaba, á donde llegó con felicidad, gracias á que no hubo quien lo siguiera. Dijo en ese célebre documento:

“¡Veracruz! La voz de tu exterminio será desde hoy en adelante el grito de nuestros combatientes al entrar en las batallas; en todas las juntas y senados, el voto de tu ruina se añadirá á todas las deliberaciones. Cartago, de cuya grandeza distas, lo mismo que la humilde grama de los excelsos robles, debe ponerte miedo con su memoria. ¡Mexicanos! Cartago nunca ofendió tanto á Roma como Veracruz á México.